



Margarita y sus 7 casas

Por Sergio Arauz¹

En El Salvador hay más de 100 mil personas que se dedican a labores que en el diccionario de estadísticas gubernamental se llama “oficios domésticos”. En ese mar de personas, la mayoría son mujeres, como Margarita, una salvadoreña que pasa sus días limpiando, ordenando, lavando y planchando en 7 casas diferentes, incluyendo la suya.



Dedica su tiempo a 7 casas. Casi que su vida, si uno se pone exagerado. Se llama Margarita, una mujer salvadoreña sobre la que pesan casi todas las injusticias posibles, esto último no es exageración, aunque así suena. Margarita Ventura tiene 40 años, 6 hijos y un rosario de penitencias que ningún cristiano merece purgar.

Primera penitencia: una de las 7 casas a las que Margarita le dedica su tiempo puede caerle por una quebrada. En esa duerme ella y 2 de sus 6 hijos. Las otras 6 casas, las que no son ella, pero donde pasa gran parte de su tiempo, tienen todo lo que la casa de Margarita debería tener y no tiene: una refrigeradora con comida suficiente, agua potable a disposición, muros que no amenazan con caerse, muebles confortables, calles transitables.

En palabras “oficiales” Margarita es una de las más 100 mil personas que se dedican a oficios domésticos. El término más formal ocupado para clasificar el trabajo de Margarita es el de

“empleada doméstica”. El más común y muchas veces menos digno, es el de “muchacha”.

¿Qué tiene Margarita de especial para meterla en esta historia? Lo que tienen de especial casi 3 millones de salvadoreños que viven en pobreza extrema o relativa. Esta puede ser la segunda y más cruel de las penitencias de la “empleada doméstica” en cuestión. Por sus ingresos, la pobreza de Margarita puede decirse que es relativa, sin embargo en términos reales la distancia entre las dos pobrezas que distinguen los informes se sufre igual: hay que vivir a corto plazo, preocuparse por comer el siguiente plato, sobrevivir o vivir sin acceso a servicios básicos, al borde de quebradas, con menos de lo suficiente para comprar una “canasta básica”.

Canasta Básica es el término acuñado en la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples de 2008. Esta Encuesta la realiza el ministerio de Economía para establecer cuánto cuesta

comprar pan, frijoles, verduras, medicinas, leche, energía eléctrica, transporte público, libros, escuela y otros etcéteras que llenan la lista... eso con lo que se vive dignamente y cuesta más de 600 dólares en El Salvador.

Margarita gana la mitad de esos 600 dólares. Lo que ella tiene es un empleo informal que le paga 300 dólares mensuales. Según cifras del informe hecho por el Seguro Social llamado, Incorporación de trabajadores del servicio doméstico al régimen de salud del Instituto Salvadoreño del Seguro Social, el 93 por ciento de las personas que se dedican a “oficios domésticos” gana menos de 200 dólares al mes. Margarita gana 100 más que el promedio.

Suena fácil, pero son complicados de sumar y recolectar: Trabaja en 3 casas que significan casi 8 horas de oficio diario. En dinero, esos son 15 dólares por casa. Hace tres casas de 15 dólares por semana, eso significa 45. En otras

3 casas cobra 10 dólares por jornada, eso hacen 30. A la semana eso significa 75 dólares. Al multiplicar 75 por el número de semanas que tiene un mes el resultado es 300 dólares insuficientes para vivir como viven las personas que la emplean.

De esos dólares viven tres bocas. Con esos mismos dólares paga los buses, la comida, las medicinas, la ropa, agua, electricidad y el ocio, eso que para Margarita significa ir a comer pollo a una restaurante de comida rápida o chatarra al menos una vez cada dos meses. En el mismo presupuesto incluye también el gasto de minutos para llamar a los teléfonos móviles de sus dos hijos, con los quiere estar comunicada.

Margarita habla de esperanza de sus dos hijos menores antes de hablar de otra de las penitencias. Pertenece al mundo de mujeres salvadoreñas que sufrió maltrato, maltrato al que llama “roces”. Su pareja, a que niega llamar por su nombre, se fue de la casa en agosto de 2008. Lo dejaron, dice. “Ya vivíamos como extraños, ya no era una vida de pareja, además había muchos asuntos que los hijos no podían ver. Cada encuentro era un roce, dar espectáculos enfrente de los niños no es bueno. Ellos se vieron un tanto afectados”, cuenta.

La rutina

Un día normal de Margarita empieza a las 5 de la mañana. Primero le prepara el desayuno a Carmen, su hija de 15 años que está necia con estudiar y sacar buenas notas. Ella se va a las 6 y entra a clases a las 7. Después le prepara el desayuno a Moisés, que se levanta a las 6:30, él tiene 13 años y hace competencia con su hermana Carmen en sacar buenas notas.

Después de que se van a estudiar Carmen y Moisés, Margarita se queda en su casa haciendo lo que hace en el resto de casas ajenas: lava, plancha, asea, limpia, ordena. “Por eso a veces me tardó en salir a trabajar, voy saliendo a las 8 y media”, dice como con culpa.

Si es lunes, después de asear, ordenar, lavar en su propia casa va a hacer lo mismo a la casa de Élmer Menjívar, un publicista exitoso que vive en un condominio residencial al que cuesta llegar en bus. Esa casa tiene un ventanal gigante que tiene vista panorámica hacia toda la ciudad, está llena de libros y comodidades. Es la segunda casa de un lunes.

Primero entra al cuarto principal. Hace la cama meticulosamente, levanta la ropa sucia y la mete en una canasta. Piensa por donde empezar. Margarita es obsesiva con el orden: “A veces tengo un desorden de discos y papeles en mi cama y ella los ha ordenado, una vez me sorprendió, puso en orden alfabético una hilera de discos”, dice el publicista.

Para llegar a esa casa Margarita tiene que tomar dos buses y caminar 3 cuadras cuesta arriba. Es una de las casas más sencillas. Tiene dos cuartos, dos baños, una sala amplia y decorada como un publicista puede hacerlo: litografías de Andy Warhol, lámparas al estilo IKEA. Sin embargo es un apartamento de soltero y por eso le toma medio día hacerlo.

La dinámica es sencilla: primero el cuarto principal, cama, librera de adentro, discos tirados, ropa al cesto. Luego cocina: lavar platos, limpiar meticulosamente cada mueble de la cocina, uno a uno. Limpia y ordena lo que hay en la refrigeradora. Ocupa un líquido especial para limpiar y sacar brillo a la cocina. En los demás electrodomésticos ocupa casi una hora. En los platos casi media hora.

En la sala y el comedor se le va una hora. Ordena las revistas dispersas a la largo de la casa y las pone en el revistero, barre, encera, limpia con suma cautela cada mueble y cada esquina. Al final la casa brilla, y no es una exageración. Por eso Margarita es muy recomendada.

“De acuerdo con los resultados de la Encuesta de Hogares 2008, existen en nuestro país 108,351 trabajadores del servicio doméstico a nivel nacional”, dice el informe interno del Instituto Salvadoreño del Seguro Social que explica cómo va a incorporar a este sector a la red de servicios hospitalarios”.

Antes de hacer todo eso por lo que recibe 10 dólares de ese publicista, Margarita debe pasar un par de penitencias del rosario que carga. Una de las penitencias puede resumirse en lo que le pasó el lunes 28 de junio. No podía salir de su casa. Estaba atrapada.

La tormenta tropical Alex, luego depresión tropical, encendió la alerta amarilla en todo el país. Eso significa lluvias acumuladas que ponen en riesgo a cientos de comunidades que viven al borde de quebradas o debajo de cerros o montañas. Margarita vive en la lotificación Santa Isabel, un asentamiento urbano con tuberías de agua potable que escupe el líquido esporádicamente que está ubicado en el limbo de dos municipios de San Salvador, entre San Marcos y Santo Tomás. Son casas con paredes de concreto y ladrillo a las que se llega por calles de tierra y que tienen como telón de fondo un barranco. Su casa es la última de un pasaje de tierra donde sobresale un muro que da a una quebrada de más de 10 metros de profundidad.

En un par de inviernos ese muro puede caerse y llevarse consigo la cocina de su casa al barranco. En el escenario más cruel puede caer hacia adentro de su cocina y literalmente hay posibilidades de que le caiga encima a Margarita. Por eso dice que el lunes 28 de junio no pudo salir. La lluvia era muy fuerte y estaba pendiente del muro, también había un obstáculo físico que le impedía salir: su pasaje de acceso a la calle se convirtió en río.

-No pude salir, el agua no me dejó.

-¿Cómo así?

-Es que vivo al final de un pasaje, cuando llueve mucho, el agua se acumula y es tanta que uno tiene que salir por un puentecito que habíamos hecho, pero el puente se cayó.

-¿Y cómo hace sin ese puente?

-Caminamos pegaditos a la par, casi amarrándonos, pero de noche no se puede porque no se mira.

Es verdad. Margarita debe cruzar un mini puente que sale de un patio de la casa hacia un terreno desierto al lado de su casa que la conduce al pasaje de salida. Un puente que conduce a la calle de tierra. Cuando llueve en grandes cantidades esa calle no es transitable, se convierte en un río que tira casi todo a la quebrada.

La copiosa lluvia acarrea más contradicciones en la vida de Margarita. A veces sufre mucho por que llueve, pero cuando no llueve también le va mal. Ella paga 5 dólares mensuales por un servicio de agua potable que no recibe a cabalidad, un servicio que no sirve. Hasta su seca tubería llegan unos litros de agua cada mes o cada dos meses. En el último mes la mayoría de agua que recibe la casa de Margarita es llovida. Con esa asea, lava...

-Ja, ja, ja, le digo que es complicado, bromea. Llueva a o no llueva la pasa mal.

Eso paso el lunes. El martes fue a la casa de un diseñador gráfico. El miércoles le toca la casa de un abogado jefe de la Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia. El jueves va a la casa de un editor de un periódico: “con todos me llevó bien”, dice.

Que dice la ley

El gobierno considera como trabajadoras del servicio doméstico, a todas aquellas personas que trabajan para un grupo familiar ajeno al propio. En ese grupo entra Margarita. La definición oficial incluye también a cocineras, personal de limpieza, niñeras, amas de llave, mayordomos, jardineros.

“De acuerdo con los resultados de la Encuesta de Hogares 2008, existen en nuestro país 108,351 trabajadores del servicio doméstico a nivel nacional”, dice el informe interno del Instituto Salvadoreño del Seguro Social que

explica como va a incorporar a este sector a la red de servicios hospitalarios.

El informe debería decir “trabajadoras”, ya que el 90 por ciento de este “sector” de ciudadanos son mujeres. Provenientes en su mayoría del área rural, eso también significa que el nivel de escolaridad es bajo y sus ingresos económicos aún más. La relación laboral de este mundo de “Margaritas” es informal, ya que el pacto con sus empleadores es de palabra, no hay contrato escrito y reglas de juego claras.

Lo poco que dice el marco legal sobre “los beneficios” de sector de personas que realizan este trabajo está en el artículo 80 del Código de Trabajo. Dice este artículo: “El trabajador del servicio doméstico no está sujeto a horario, pero gozará de un descanso mínimo de doce horas diarias, de las cuales diez serán nocturnas y continuas, y las otras dos deberán destinarse para las comidas, y además de un día de descanso remunerado cada semana, acumulables hasta el número de tres días. Se entiende que los trabajadores contratados a base de sueldo mensual tienen incorporado en éste, el pago correspondiente a los días de descanso.”

¿Derecho a un descanso de doce horas? Eso deja implícito que hay una obligación de trabajo continuo de 12 horas. Un documento llamado, Análisis Legislativo sobre Trabajo Doméstico en El Salvador, publicado en 2004, califica como “alarmante” la cercanía que tienen las labores que realizan algunas empleadas domésticas con algunas formas de esclavitud. De ahí puede explicarse por qué es común que salvadoreños, los menos educados y más despectivos, se refieran como “sirvientas” o “choleras” a las personas que realizan labores domésticas.

El informe de la Asamblea Legislativa habla de una mayoría de los casos en los que “las empleadas domésticas” laboran siete días a la semana, sin que sus horas de descanso sean respetadas, ya que deben estar disponibles en todo momento para atender las necesidades de sus patronos.

La última cifra oficial habla de más de 100 personas, sin embargo, el mundo de personas que realiza labores domésticas para casas ajenas a la propia fue medido antes del impacto de la crisis financiera internacional. Antes de que cayera el índice de remesas y aumentará el número de desempleados. Es decir, en 2010 seguramente hay una población mayor.



¿Por qué este mundo de empleos está ocupado en su mayoría por mujeres? Un estudio realizado por la OIT, llamado Trabajo Infantil Doméstico: Una Evaluación Rápida, no responde por qué, pero explica la especie de maldición que carga una niña salvadoreña en esta sociedad: “Desde su nacimiento se reconoce como uno de los principales roles asignados a las niñas el colaborar en las labores domésticas de sus hogares, siendo éste su aporte a la familia, privándoseles muchas veces del acceso a la educación por considerarse innecesaria la asistencia de éstas a los centros educativos, ya que la función que como niña –y futura mujer- desempeñará está previamente definida.”

El estudio entrevistó a 110 niñas que laboran o han laborado como empleadas domésticas, de ellas solamente 34 asisten a la escuela (30.9%); de éstas 25 asisten regularmente y 9 lo hacen de manera irregular (2 ó 3 veces por semana). Margarita quiere que su hija y su hijo Moisés rompan el círculo: “Los dos parece que quiere estudiar, les gusta”, dice.

Una de las hijas de Margarita, Carmen, la de 15 años, lee mucho. En el último mes ha leído “El extraño caso del Dr. Jekyll y el Sr. Hyde”, de Robert Luis Stevenson, y “El marinero que perdió la gracia del mar” de Yukio Mishima. No son textos escolares, es lo que hace Carmen cuando no tiene tareas ni le ayuda a la mamá a limpiar casas ajenas.

Carmen es la menor de las hijas. Otra se llama Martha Guadalupe, tiene 25 años, se fue a vivir hasta La Unión, un departamento al oriente del país: “Se fue por mala influencia de una persona que conocí, es una pena moral que tengo porque no sé absolutamente nada de ella”, dice. La plática se corta, no quiere hablar más de ella.

Una tercera hija se llama Silvia, tiene 21 años y una niña de 10 meses. Se fue con su pareja, pero se mantiene pendiente de la casa de su madre, viven cerca. Luego está Ofelia, que tiene 23 años y un hijo de 3 meses. Y la cuenta termina con la última en desertar de la casa, María Teresa, de 18 años, quien trabaja en una maquila y vive sola y un novio.

Me he quedado solo con los dos pequeños, ya están medio grandes, dice Margarita al hacer un recuento de sus hijos. Habla como esperanzada de Carmen y Moisés, a los que prepara desayuno cada día, antes de ordenar, limpiar, lavar en su casa y otras seis más..

